



TIEMPO DE MEMORIA

Neal Ascherson

EL MAR NEGRO

Del siglo de Pericles a la actualidad



NEAL ASCHERSON
EL MAR NEGRO
Del siglo de Pericles a la actualidad

Traducción de María Luz García de la Hoz

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Black Sea: Coasts and Conquests. From Pericles to Putin*

1.^a edición en Tusquets Editores: enero de 2001

1.^a edición en esta presentación: mayo de 2016

© Neal Ascherson 1995, 2007

© de la traducción: María Luz García de la Hoz, 2001

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-283-0

Depósito legal: B. 5.880-2016

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos	XIII
Prólogo (2015)	XVII
Introducción	17
El mar Negro	29
Epílogo	313
Apéndices	
Cronología	321
Bibliografía selecta	333
Índice onomástico y de materias	339

La muerte de las formas contemporáneas del orden social debiera exaltar en vez de turbar el alma. Pero lo que aflige es que el mundo que desaparece no deja heredero, sino una viuda embarazada. Lloverá mucho entre la muerte de uno y el nacimiento del otro, habrá una larga noche de caos y desolación.

Alejandro Herzen, *Desde la otra orilla*

Mi padre la vio comenzar en el mar Negro. Y setenta años más tarde, en el mar Negro, yo vi el comienzo de su fin.

La victoria definitiva de la revolución rusa sobre sus enemigos se produjo en Novorossisk en marzo de 1920, cuando los barcos de guerra británicos zarparon con el derrotado ejército blanco del general Denikin. Mi padre era entonces guardiamarina, un muchacho de dieciocho años que en aquellos instantes y durante el resto de su vida comprendió el significado de lo que vio.

La revolución siguió su curso, tal como lo habían seguido las revoluciones inglesa y francesa en sus respectivos siglos, y en el verano de 1991 ya no era más que un fantasma viejo y frágil. Muchos dicen que la revolución ya estaba muerta desde hacía tiempo, que pereció cuando Lenin sustituyó el poder directo de los trabajadores por el partido bolchevique, o cuando Stalin fomentó el despegue económico mediante el terror en 1928. Pero yo pienso que mientras Mijaíl Gorbachev estaba aún en el Kremlin y soñaba con un leninismo limpio y moderno capaz de transformar la Unión Soviética en una democracia socialista, las últimas brasas seguían calientes entre las cenizas. En verano de 1991, de manera súbita y definitiva, las brasas se apagaron y el fuego se extinguió. El círculo de la revolución rusa —no como proyecto, sino como fenómeno, como figura trazada en el papel del tiempo— se había cerrado.

Este final me lo anunció una luz que brilló entre las tinieblas de la península de Crimea, una luz cuyo significado tardé días y

meses en comprender. Vi la luz durante unos segundos tan sólo, por la ventanilla de un autocar que volvía por la carretera costera de Sebastopol a Yalta, después de una larga jornada entre las ruinas griegas de Quersoneso. Yo era el único pasajero que aún estaba despierto. A mi alrededor dormían eruditos italianos, franceses, catalanes y estadounidenses, que oscilaron ligeramente en los respectivos asientos cuando el vehículo comenzó a subir hacia el túnel que atraviesa la cordillera que se vuelca sobre el cabo Sarich. La luna se había puesto. El mar Negro era invisible, pero la pared blanca de las montañas brillaba todavía por encima de nosotros, a la izquierda. Por debajo estaba el pequeño complejo turístico de Foros, donde veraneaban Mijaíl Gorbachev y su familia, en una villa reservada en exclusiva para el secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética.

En el desvío hacia Foros había un enjambre de luces. En el cruce esperaba una ambulancia con los faros encendidos y la luz giratoria del techo lanzando destellos azules. Pero no había ningún accidente a la vista, ningún vehículo siniestrado, ninguna víctima. En los segundos que tardamos en pasar vi hombres de pie, en actitud de espera. Cuando volvimos a sumergirnos en las tinieblas, me pregunté qué ocurriría. Era la noche del 18 de agosto de 1991.

Lo que había visto era el farol de los conspiradores, la lumbré transportada en la noche por hombres que en teoría querían revitalizar la revolución y salvar a la Unión Soviética. En cambio, lo que produjeron con aquel fuego fue un incendio que destruyó todo lo que respetaban. Cinco meses más tarde, el Partido Comunista de la Unión Soviética —el «Partido de Lenin»— se había abolido, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se había venido abajo y el imperio continental de los zares que yacía bajo la Unión Soviética se había reducido a una Rusia que sólo contaba ya con unos cuantos postigos —unos cuantos kilómetros de costa— que daban al Báltico y al mar Negro. Al principio, durante los dos días que siguieron al secuestro de Gorbachev en Foros, dio la sensación de que la llama de la conjura ardía con fuerza y convicción, y el país, aterrorizado, guardaba silencio. Pero entonces empezaron a salir hombres y mujeres a las calles de Moscú y Leningrado para enfrentarse a los tanques con las manos vacías. Soplaron y la llama se volvió contra los conspiradores, hasta que

no sólo consumió a los conjurados sino también los fosilizados palacios, las cárceles y las fortalezas de la revolución, que se alzaban detrás de ellos.

En Yalta, a la mañana siguiente, el personal del hotel, el conductor del autobús y el intérprete ucraniano desviaban la mirada. El televisor del salón, que había funcionado la víspera, estaba estropeado.

Desconcertados, subimos al autobús para dirigirnos a Bakhchiseraï, la antigua capital de los tártaros de Crimea, y cuando habíamos recorrido ya unos kilómetros el guía nos lo contó. El señor Gorbachev se había puesto enfermo de repente. Para desempeñar sus funciones se había nombrado un Comité de Salvación Nacional compuesto por Gennadi Yanayev, el vicepresidente, Vladímir Kryuchkov, director del KGB, y el general Dimitri Yazov, ministro de Defensa. Se había hecho una proclama en la que se señalaban ciertos errores y distorsiones cometidos en la aplicación de la *perestroika*. Creían que se había decretado el estado de excepción, por lo menos en la república rusa, ya que no en Ucrania (a la que pertenecía Crimea).

Recordé entonces la ambulancia que vigilaba el cruce próximo a Foros y a los hombres que estaban por allí. ¿Una enfermedad? Nadie se lo creía. Pero todos los que íbamos en el autobús y todos con los que nos íbamos a encontrar aquel día creíamos en la fuerza de lo sucedido y, al margen del carácter de nuestros sentimientos personales, respetábamos esa fuerza. El intervalo de libertad, ese fracasado experimento de apertura y democracia que se llamó *glasnost*, se había acabado. Nadie en toda Crimea, ni los funcionarios de Simferopol, que es la capital de la provincia, ni las multitudes que partían de madrugada para bañarse en las playas pedregosas de Yalta, creía que el golpe pudiera fracasar o encontrar resistencia. Los periódicos de Crimea publicaban sólo las divagadoras proclamas del comité, sin ningún comentario. La radio del autobús también se había estropeado.

Me retrepé en el asiento y me puse a pensar. ¿Estarían cerrados los aeropuertos? Éramos delegados del Congreso Internacional de Bizantinología que acababa de celebrarse en Moscú y estábamos a punto de terminar una gira poscongresual por lugares

históricos de Crimea. El grupo más numeroso del autobús lo componían historiadores, archiveros y periodistas de Génova. Se habían llevado a la familia para contemplar los restos del imperio medieval que su ciudad había fundado en las costas septentrionales del mar Negro. Y si al principio estaban animados, luego se pusieron eufóricos. Vivir acontecimientos auténticamente bárbaros al borde del mundo conocido les parecía otra forma de seguir los pasos de sus antepasados.

El autobús pasó por el pequeño centro turístico de Alushta, que estaba en la playa, y dobló hacia el interior, hacia el puerto de montaña que conducía a Simferopol. Me esforzaba por imaginar el pánico que habría en el mundo exterior, las comidas canceladas y los cónclaves de urgencia de la OTAN en Bruselas, las solemnes multitudes que estarían concentrándose en las capitales bálticas para recibir con palos y canciones el regreso de los tanques soviéticos. Puede que también hubiera manifestaciones en algunas ciudades rusas; algún joven entusiasta trataría de quemarse vivo en la Plaza Roja. Pero el golpe —como acto de fuerza— me parecía irreversible. Había visto algo parecido diez años antes, en 1981, cuando se declaró la ley marcial en la Polonia comunista. Aquella operación no había tenido vuelta de hoja. Y pensaba que ésta tampoco la tendría.

En aquel momento del verano de 1991, la Unión Soviética todavía abarcaba el norte de Eurasia, desde el Pacífico hasta el Báltico. El mundo exterior seguía creyendo casi ciegamente en el empuje reformista de Mijaíl Gorbachev, y unos cuantos extranjeros pensaban ya, o querían pensar, que el ambicioso programa de reformas estructurales de la *perestroika* de Gorbachev no había servido para nada. No sabían que los partidarios personales que tenía entre la oligarquía que gobernaba la Unión Soviética habían desaparecido de la escena en el curso del año anterior, ni que el Partido Comunista —el único instrumento ejecutivo que resultaba eficaz en el país— se negaba ya a seguir adelante con los cambios políticos que estaban desmantelando su monopolio de poder, ni que los jefes del ejército y la policía empezaban a desobedecer las órdenes del partido y a actuar por cuenta propia, ni que el pueblo ruso había dejado de respetar, incluso de querer, a Gorbachev.

Como la semana anterior me la había pasado hablando con

amigos rusos y con corresponsales extranjeros en Moscú, empecé a darme cuenta de la seriedad del fracaso de Gorbachev. La fase del comunismo reformado y liberalizado había concluido. Y la ilusión de que el Kremlin, por simple decreto ley, pudiera materializar la democracia pluralista y la economía de mercado se había pulverizado igualmente. Pero al mismo tiempo comprendí que aquel golpe de Estado moscovita no iba a solucionar nada. Es verdad que el camino hacia delante estaba bloqueado. Pero el camino hacia atrás que ofrecían Gennadi Yanayev y sus colegas de conspiración —una vuelta a la tiranía política y a la reconquista imperial— tampoco conducía a ninguna parte. A largo plazo, los conspiradores se habían limitado a poner más vertical la pendiente por la que el estado soviético se precipitaba en el caos y la decadencia. Pero yo estaba convencido de que a corto plazo habían triunfado y de que la masa los seguiría.

En el palacio de los kanes tártaros de Bakhchiseraï —odiado y eclipsado— vi que me miraba una mujer rusa a cargo de un grupo de estudiantes. Sus ojos eran negros y la mirada fue intensa; detuvo a las muchachas dándoles tirones en las rubias trenzas, como si fueran la alarma de un tren; y se me acercó. «Esta mañana», dijo, «he pensado en dos cosas. Primero en mi hijo, que está en Alemania; ya no volveré a verlo. Luego pensé que no hay vodka en las tiendas, o sea que no hay forma de olvidar lo que está pasando. ¿Es usted británico? ¿Por qué no nos hace un favor y exporta nuestro abultado excedente de fascistas?»

Junto a nosotros, una fuente con un ojo de mármol derramaba lágrimas de agua fresca, lamentándose por una esclava que murió sin poder amar al kan tártaro. Alejandro Pushkin, conmovido por la leyenda, puso una rosa en la pila de la fuente, y todavía hoy ponen en ella rosas frescas para los turistas. Todos los rusos que nos rodeaban desviaban la mirada con turbación. No entendían lo que decíamos, pero identificaban nuestro tono de voz: y era peligroso. Las vacaciones habían terminado aquella mañana a causa de las noticias de la radio y había vuelto el periodo de cautela. Sólo las estudiantes nos miraban directamente, con sus redondos ojos azules, la cabeza ladeada, indiferentes como pájaros.



Crimea es un gran diamante pardo. Está conectada con el continente por unas cuantas lenguas de tierra, por una calzada de tierra natural en Perekop (al oeste) y por caminos acuáticos que cruzan las lagunas saladas de Sivash (al norte y al este). Crimea tiene para la historia tres zonas: mente, cuerpo y espíritu.

La zona de la mente es la costa, la cadena de poblaciones coloniales y puertos que jalonan el litoral del mar Negro. Durante casi tres mil años, interrumpidos por conflagraciones y oscuridad, los habitantes de estos lugares han llevado cuentas, leído y escrito libros, aplicado medidas urbanísticas con ayuda de la geometría, discutido asuntos literarios y políticos de alguna lejana metrópoli, se han encarcelado unos a otros, se han repartido terrenos para construir templos de religiones incompatibles, han adelantado el pago de la remesa de esclavos de la temporada siguiente...

Los griegos de Jonia llegaron a esta costa en algún momento del siglo VIII a.C. y, al pie de sus cabos escarpados y cubiertos de bosque, fundaron puestos comerciales —muy parecidos a las «factorías» europeas de la costa guineana de dos mil años después— que se transformaron en ciudades amuralladas y luego en ciuda-

des marítimas. Los imperios romano y bizantino heredaron estas colonias. Más tarde, en la Edad Media, los venecianos y los genoveses, autorizados por los últimos emperadores bizantinos, revitalizaron la zona de la mente, extendieron el comercio por el mar Negro y fundaron ciudades propias.

A comienzos del siglo XIII, Chingiz («Gengis») Kan unificó los pueblos mongoles del Asia mesooriental y los lanzó a la conquista del mundo que los rodeaba. Cayó China y la caballería mongola se dirigió al oeste y en el curso de unos años conquistó no sólo las ciudades de Asia central, sino también las tierras que hoy son Afganistán, Cachemira e Irán. Pero sólo en 1240-1241, diez años después de la muerte de Chingiz, un ejército mongol capitaneado por Batu consiguió llegar a Rusia y a Europa oriental (donde se les llamó «tártaros», confundiéndolos con la tribu que había sido antaño poderosa en Asia central y a la que el mismo Chingiz había exterminado). La caballería de Batu acabó retirándose de Europa sin haber hecho ningún esfuerzo serio por perpetuar la conquista, y se instaló en el Volga. Tras la muerte de Batu, acaecida en 1255, la «Horda de Oro», nombre por el que acabó conociéndose esta parte occidental del imperio tártaro-mongol, se quedó allí tres siglos. Desde la capital del Volga la Horda dominaba al mismo tiempo la estepa septentrional del mar Negro y la península de Crimea.

Hubo periodos en que la Horda incendió y saqueó ciudades de la costa crimeana. Pero la presencia mongola también llevó prosperidad a estos lugares. Una sola autoridad gobernaba entonces la llanura euroasiática, desde la frontera china hasta lo que actualmente es Hungría. Con las estepas tranquilas, pudo florecer el comercio a gran escala. Se crearon rutas comerciales —las Rutas de la Seda— que llegaban de China al mar Negro por tierra y de allí por mar al Mediterráneo. Una ruta discurría hacia el oeste por el Volga inferior y terminaba en la colonia veneciana de Tana, en el mar de Azov. Más tarde, en el siglo XV, se creó otra ruta de la seda que conectaba las provincias persas del imperio mongol con Trebisonda, en el mar Negro.

Todo este tráfico intercontinental terminó bruscamente en 1453, cuando los turcos tomaron Constantinopla y destruyeron los restos del imperio bizantino en el litoral del mar Negro, que quedó cerrado a los viajeros occidentales. Casi todas las ciudades de la

costa se abandonaron y sus ruinas acabaron cubiertas por la tierra roja y seca y las malas hierbas de la estepa crimeana. La costa de Crimea empezó a renacer cuando el imperio ruso llegó al mar Negro, ya en el siglo XVIII, y el renacimiento adoptó una variedad de formas urbanas de nuevo cuño. Quersoneso se reconstruyó como base naval de Sebastopol, Yalta como lugar de veraneo, Kaffa como puerto de Feodosia.

La zona del cuerpo es la estepa que se extiende al otro lado de las montañas costeras. Es una especie de penillanura con lomas verdigrises, trapezoidal y erosionada. Su pellejo es un manto seco bordado con hierbas de olor penetrante y, cuando se corta el pellejo, la tierra brota y se va con el viento oriental.

El viento que azota la costa suele llegar del mar Negro, aunque a veces bajan súbitos vendavales de las montañas. Pero en el interior, al otro lado de las montañas, el viento llega siempre de Asia, a través de los cinco mil kilómetros de tierra antaño llana y verde que separa Europa de los pastos de montaña del Asia central donde los pueblos nómadas comenzaban la migración. Los griegos arcaicos cruzaron todo un desierto de agua para alcanzar Crimea y en ir del Bósforo al sur de Rusia tardaron seguramente un mes o más. Pero los nómadas que llegaban a estas costas cruzaban un océano de hierba, avanzaban muy despacio con los carromatos, el ganado y los caballos y tardaban meses y años en alcanzar los montes de Crimea y el mar.

Los escitas estaban ya en la estepa de Crimea y en las llanuras interiores cuando llegaron los primeros griegos, en el siglo VIII. Durante la época que siguió, de colonización griega, el empuje de la migración de Asia central hacia occidente fue débil, y pasaron otros quinientos años hasta que los escitas reanudaron el viaje a occidente y en su lugar se aposentaron los sármatas. Luego, durante los primeros siglos de la era cristiana, la presión migratoria de los pueblos nómadas se condensó. Tras los sármatas llegaron los godos del norte, y luego los mortíferos hunos, y más tarde los jázaros, que formaron a orillas del mar Negro en el siglo VIII d.C. un imperio estepario de corta estabilidad. Entre los siglos XI y XIII la estepa estuvo en poder de nómadas que hablaban turco (y que se llamaban de múltiples maneras: kipchak, cuma-

nos, polovtsy...) y que fueron derrotados o empujados hacia el oeste por los tártaro-mongoles de la Horda de Oro.

La capital de la Horda de Oro estaba muy lejos del mar Negro, en Saray, en el Volga central. La Horda fue siempre una sociedad sin ataduras y no tardó en fragmentarse, y en el siglo XV una rama meridional de la Horda fundó un reino independiente en las llanuras de Crimea, se dedicó a la agricultura y a la ganadería intensivas y abandonó poco a poco la antigua vida de pastoreo. Era el kanato tártaro de Crimea, la «Tartaria de Crimea». Tras unos siglos de calma relativa, el imperio otomano, que ya se había apoderado de Constantinopla, llegó a la costa septentrional del mar Negro y a la península misma. Para los tártaros crimeanos, que habían abrazado el islam en el siglo XIV, el dominio turco representó más un cambio de lealtad que un desplazamiento, y el kanato sobrevivió hasta que Catalina la Grande lo incorporó al imperio ruso en 1783.

Para que la mente y el cuerpo de Crimea crearan riqueza juntos hacían falta dos cosas: mercaderes en la costa con acceso seguro a los mercados del Mediterráneo y de más allá, y una situación política estable en la estepa. A veces había agitación en las grandes llanuras; las rutas comerciales se cerraban, cultivar trigo fuera de las murallas se volvía peligroso, y de vez en cuando se saqueaban e incendiaban ciudades coloniales. Pero hubo paz durante largos periodos, sobre todo durante la época de los escitas. Los colonos griegos y los caudillos escitas de la costa cultivaban trigo para exportarlo. De los bosques del norte llegaban pieles, cera, miel y esclavos con destino a los mercados griegos de la costa, y salvo en periodos excepcionales los escitas permitieron que estas caravanas viajasen libremente por sus tierras despejadas. Con los beneficios del grano y los esclavos, que alimentaron y proporcionaron mano de obra a los mundos helénico y romano, los mercaderes griegos y los príncipes escitas del interior se hicieron riquísimos.

Los escitas, y luego los sármatas y los godos, empleaban esta riqueza de manera ostentosa. Se ponían gemas y objetos de oro, que les hacían por encargo personal los artesanos griegos de las ciudades coloniales y sus aprendices autóctonos. Y se llevaban sus tesoros a la tumba, para que quedaran sepultados bajo altos túmulos, entre los caballos, los siervos y las mujeres sacrificados.

Si viajamos por la estepa de Crimea en dirección este, llegamos al último monte del trapezoide y el suelo se hunde bajo nuestros pies. Estamos en lo alto de esta última montaña, con la cara azotada por un viento furioso e incesante, y miramos más allá del mar de Azov, hacia la infinita llanura parda que comienza allí, cruza un continente, deja atrás la punta septentrional del mar Caspio y llega hasta el lago Baikal. No hay horizonte. Sólo una larga franja de sombra, que es la noche que se aproxima.

En este monte están los cimientos de una torre de piedra. Cuando los tártaro-mongoles de la Horda de Oro llegaron a caballo por las marismas del mar de Azov y penetraron en la península de Crimea, vieron esta torre y la llamaron *kerim*, fortaleza. Levantaron el primer campamento al pie de la torre, en Eski Kerim o Krim —«fortaleza vieja»—, palabra que probablemente fue la que dio origen a Crimea. Los tártaros se trasladaron de Eski Krim a Bakhchiserai, y construyeron el palacio del kanato independiente en un valle feraz donde se oía el rumor de las olas y el canto de los ruiseñores.

La zona del cuerpo ha apremiado siempre con impaciencia a la zona de la mente. El apremio ha sido a veces destructivo, como cuando los tártaros, a fines del siglo XIII, se acercaron a la costa y saquearon la metrópoli genovesa de Kaffa. Pero lo normal es que fuera un apremio proteico. La barrera de categorías entre colonos «europeos» y nómadas «indígenas» estaba siempre en mal estado y tenía grandes agujeros.

Los escitas, por ejemplo, no eran sólo criadores de caballos ambulantes que vivían en carromatos. También sabían arar campos y cultivar productos a escala más comercial que de subsistencia, sabían diseñar ciudades fortificadas permanentes con un trazado callejero mínimo y sabían trabajar los metales con delicadeza y sentido innovador. Los griegos o italianos de las colonias comerciales podían ser agricultores además de mercaderes, y arriesgarse a trabajar lejos de las murallas protectoras. Los nómadas —hay casos bien documentados— podían llevar una doble vida como hacendados helénicos o italianizados dentro de las

murallas y (cambiándose de ropa, en sentido literal) como reyezuelos esteparios tradicionales fuera de ellas. Los jázaros ricos de Sudak, que hablaban un idioma turco pero practicaban una forma de judaísmo, vivían como ciudadanos respetables. Mucho antes, en el siglo I d.C., Dión de Prusa, llamado Crisóstomo, visitó la ciudad de Olbia, junto al estuario del Dniéper, y comprobó que sus habitantes citaban a Homero, pero llevaban pantalones y abarcas, que eran propios de los nómadas y no de los griegos.

Lo que no sabemos es si este último proceso fue en dirección contraria, si hubo individuos «civilizados» de la zona de la mente que resultaran atraídos por la zona «bárbara» del cuerpo, que vivieran en carromatos, bebieran leche de yegua y se inclinaran ante los restos de los caballos empalados que guardaban las tumbas reales. Sin duda los hubo. Sucedió en la frontera de Estados Unidos, donde siempre había tramperos y agentes de comercio europeos, e incluso esposas e hijas de colonos que se «hacían indios» porque querían.

Pero entre el cuerpo y la mente, entre la estepa y la costa, había una tercera zona: las montañas del espíritu. En las llanas cumbres del Shatir Dagħ, o en cuevas ocultas por los árboles, muy por encima de los nómadas y los comerciantes, vivían comunidades que habían perdido toda esperanza de riqueza y conquista.

Al salir de Bakhchiseraï, el autobús dobló hacia el sur, pasó a las laderas de la cordillera litoral por un desfiladero y se detuvo en un prado rodeado de montañas. Los bizantinólogos se sentaron en la hierba, a orillas de un lago, y sacaron los bocadillos. Había árboles, tiendas de campaña, un conducto que transportaba agua de un manantial al pilar de hierro de una vieja fuente donde había dos muchachas lavándose la ropa y ellas mismas.

Una, que no llevaba más que una falda negra y larga, se acercó a nosotros y adelantó el tórax para escurrirse el agua del pelo.

—¿Tienen tabaco occidental? El soviético es horrible.

Un genovés le alargó una cajetilla.

—¿Hay noticias?

La joven se enderezó, se sacudió el negro pelo, alcanzó el cigarrillo y, mientras le encendían una cerilla, dijo:

—Ninguna noticia. En la radio no dan más que el dichoso *Lago de los cisnes*.

Detrás de ella había dos muchachos montando una antena entre la tienda y un árbol.

De los prados del valle hasta la cumbre del Mangup Kale hay una hora de escalada, seiscientos metros de jadeos y sudores hasta que la ruinoso muralla de una ciudad despunta entre los árboles. El camino es un poco más fácil desde aquí. Pero entonces el bosque se transforma en cementerio. Cientos de lápidas flotando en un mar de hojas mustias, inclinadas, escoradas, caídas, con inscripciones hebreas profundamente talladas.

Son tumbas de los karaim, una secta judía que surgió en Mesopotamia en el siglo VIII d.C. y rompió con el judaísmo rabínico oficial doscientos años más tarde. Los karaim creían que la palabra del Señor se encontraba en las Escrituras y en ningún otro sitio, y que las adiciones del Talmud eran impías y decadentes. (Por este motivo, los protestantes, sobre todo los alemanes, se han sentido siempre fascinados por los karaim, a los que suponen, sin el menor fundamento, precursores de la Reforma.)

Los karaim, desalojados de Palestina y Egipto por la situación creada por la primera cruzada, llegaron a Crimea en el siglo XII. Pasaron al imperio bizantino y por aquí a la Europa nororiental, donde algunos grupos se instalaron en las tierras de la confederación polaco-lituana.

Muchos heterodoxos, como los albigenses o cátaros de Albi, en el sur de Francia, se han sentido seguros sólo en lugares fortificados y alejados de los centros de poder y población. Los karaim sentían este terror existencial. En Crimea se retiraron a las cumbres de las montañas y en Lituania a las inexpugnables islas de Trakai, a un lago rodeado de bosques de abedules. Pero al igual que el cangrejo ermitaño, preferían instalarse en fortalezas construidas y abandonadas por otros a construir las propias, y los karaim no se apoderaron del Mangup Kale hasta que los turcos lo saquearon y vaciaron. La tumba kara más antigua que hay en los bosques, al pie del monte, es de 1468, unos años antes de la caída de Mangup, pero la mayoría data de los siglos XVI y XVII.

Los karaim de Crimea se mantuvieron al margen de las sociedades cristiana y musulmana, llevaron una escrupulosa vida karaíta, fabricaron y comerciaron con pequeños artículos domésticos

y eludieron todo servicio al gobierno vigente. Un historiador ha señalado que entre 1200 y 1900 no pasó allí casi nada; la historia de los karaim de Crimea fue un largo y apacible vacío. Sin embargo, por llevar aquella vida apartada, los karaim adquirieron fama de ser más rectos y justos que otras comunidades y, a raíz de esta reputación, la historia de los karaim, cuando volvió a ponerse en marcha, sufrió un giro imprevisto. Los gentiles, impresionados por su probidad, empezaron a idear razones para excluirlos del antisemitismo general. Y se supuso que los habían convertido, como a los jázaros. He aquí la paradoja: por querer ser más fundamentalmente judíos que otros judíos, los karaim consiguieron que los gentiles no los tuvieran por judíos.

Tras la anexión de Crimea, a fines del siglo XVIII, Catalina II de Rusia se tomó un respetuoso interés por los karaim. Había añadido vastos territorios al imperio: por el oeste, buena parte de la antigua confederación polaco-lituana y por el sur casi toda la costa septentrional del mar Negro. Para cultivarlos reclutó colonos —alemanes, griegos, armenios, incluso franceses—, y los karaim, con su sobria energía, encajaban bien en el plan. Trasladó a parte de los karaim de Crimea a las viejas colonias de Lituania; y en la nueva y gigantesca provincia fronteriza de Novorossiia (Nueva Rusia), les concedió la plena ciudadanía rusa, que se negaba al grueso de la población judía. Los karaim comenzaron a abandonar Mangup y el otro inaccesible reducto del Chufut Kale, más arriba de Bakhchiseraï, y se dirigieron a las ciudades de la costa de Crimea, sobre todo a Eupatoria. Cuando, en 1852, el viajero escocés Laurence Oliphant subió al Chufut Kale, no encontró más que a un puñado de karaim, que se habían quedado para cuidar de la vieja sinagoga. El último había salido de Mangup unos cincuenta años antes.

Durante la segunda guerra mundial, la burocracia racial nazi decretó en Berlín (y en vano, como se vio luego) que los karaim no se incluyeran en la «solución final del problema judío», basándose en que no eran biológica ni genéticamente judíos, sino descendientes de los jázaros convertidos al judaísmo. No tenía ni pies ni cabeza, pero parece que las principales comunidades judías del mar Negro, todas en la lista del matadero, apoyaron la fábula para salvar a sus hermanos, ya que no podían salvarse ellos.

Cerca de la cumbre de Mangup hay una fuente de agua helada y deliciosa. Los árboles desaparecen entonces y se accede a una meseta alfombrada de tomillo. Allí se alzan las ruinas, unas son de torres y arcos, mientras que otras son poco más que cimientos de muros que quedan de basílicas, puertas urbanas, sinagogas y torres de vigilancia. Abajo está el mundo de mar y tierra. Cuando la gente tenía miedo o quería estar a solas con Dios, o las dos cosas, llegaba y se instalaba en Mangup.

Aquel día había un campamento en la meseta, una hilera de pequeñas tiendas de campaña con la bandera rusa tricolor ondeando al viento, una vieja cocina militar con ruedas, un cubo ennegrecido y lleno de té reposando, nubecillas de humo de leña. Una expedición arqueológica de la Universidad de los Urales, de Sverdlovsk (que vuelve a llamarse Ekaterinburgo), llevaba varias semanas excavando allí. En aquellas alturas, por encima del mundo, los arqueólogos no sabían nada de lo que sucedía. Los estudiantes nos rodearon con cara seria mientras tomábamos el té endulzado con gruesos terrones de azúcar ruso. De la radio no salía más que música ligera, una larga risita de confusión para llenar el silencio de Rusia que se condensaba conforme pasaban las horas.

Todas las poblaciones humanas son en cierto modo inmigrantes. Todos los enfrentamientos entre culturas en un lugar tienen el aspecto del típico resentimiento de los últimos que han llegado contra los que están a punto de llegar. Defender de la invasión la casa y los campos propios y las tumbas de los antepasados parece que es un derecho. Pero afirmar que se tiene la propiedad exclusiva —articular la colonización y el paisaje para formar un sentimiento de propiedad abstracto, eterno e inmutable— es ridículo.

Crimea, cuya belleza despierta deseos de posesión casi sexual en cuantos la visitan, ha puesto de manifiesto este ridículo durante todos los siglos de su historia. Carece de indígenas. Antes de los escitas, antes de los cimerios que los precedieron, o antes de las poblaciones de la Edad del Bronce que levantaron allí los primeros túmulos funerarios, había seres humanos que habían lle-

gado de otra parte. Crimea ha sido siempre un punto de destino, los acantilados donde termina el mar o la costa donde los carromatos han de poner fin al viaje. En Crimea se han instalado comunidades ambulantes (los escitas vivieron allí casi mil años) que al final se han dispersado o se han ido a otro lugar. Lo único constante en la historia de Crimea ha sido la vaga estructura que la península ha impuesto a sus visitantes: las zonas de la mente, el cuerpo y el espíritu se han borrado con frecuencia, pero no han dejado de reaparecer hasta nuestros días. Sólo en los tiempos modernos se ha traicionado la verdad de Crimea: que pertenece a todos y a nadie. Dos traiciones, que serían absurdas si no reflejaran el sufrimiento y derramamiento de sangre del pasado y muy probablemente del futuro, son declaraciones de sendos autócratas. En 1783, la emperatriz Catalina II proclamó que la península era rusa para siempre y desde aquel momento. Y en 1954, Nikita Jrushov, un ucraniano que quería que sus paisanos se olvidaran de sus propias desdichas, anunció que Crimea dejaba de ser rusa y que desde aquel momento era ucraniana para siempre.

Mangup habla de todas estas paradojas crimeanas. Casi todas las ruinas de la cumbre de Mangup pertenecen a olvidados e inverosímiles principados de la Edad Media. La fortaleza de Theodoro-Mangup albergó un principado griego independiente, gobernado por príncipes de Gocia. Pero ¿qué significaba «griego» o «godo» aquí arriba?

Los godos llegaron al mar Negro y a Crimea por un camino insólito, por el noroeste y no por el este. Una confederación protogermánica de pueblos del sur de Escandinavia ocuparon Crimea en el siglo III d.C., mientras conquistaban casi toda la costa septentrional del mar Negro. Cien años más tarde, los godos del mar Negro eran derrotados por los hunos. Muchos se dirigieron hacia el oeste, inaugurando otra ola migratoria cuyos tataranietos formarían en Italia el ejército de un rey propio, Teodorico el Grande. Pero algunos se quedaron en las montañas de Crimea, se bautizaron y se integraron en el imperio bizantino, donde aún seguían cuando el emperador Justiniano I, en el siglo VI, fortificó Mangup y otras plazas para defender la costa de los ataques este-parios.

Cuando, en el siglo VIII, los jázaros conquistaron Crimea, los godos cristianos que quedaban se retiraron a la zona montañosa del espíritu. Juan, príncipe y obispo de Gocia, bajó de Mangup para encabezar una infructuosa revuelta contra los jázaros, pero los emperadores bizantinos lo traicionaron. Prefirieron llegar a un acuerdo con los jázaros, convertidos al judaísmo, reconociéndolos como aliados que podían formar una barrera de amortiguamiento entre el imperio y otros nómadas más salvajes que se acercaban ya al mar Negro, procedentes de la estepa; dos emperadores bizantinos –Justiniano II y Constantino V– se casaron con princesas jazaras. Gocia volvió a la montaña y salió de la historia durante casi setecientos años.

Más abajo de esta meseta y su «mundo perdido» la vida continuó y cambió, pero Gocia siguió celebrando sus ritos en su enorme basílica, sin hacer caso de los tumultos que tenían lugar al pie de los riscos, hasta que en 1475 llegaron los turcos otomanos. Tras la toma de Constantinopla (en 1453) y para limpiar las fronteras del imperio bizantino, los turcos y sus aliados los tártaros de Crimea asaltaron la montaña del principado de Theodoros y acabaron con Gocia.

La basílica de Constantino y Elena, que data del siglo IX, estuvo vacía durante un tiempo. En 1579, un noble polaco subió la montaña para echarle un vistazo. El rey Esteban Batory había enviado a Marcin Broniewski («Broniovius») en misión diplomática ante Mehmet Giray, kan de los tártaros de Crimea, y el embajador escribió un elegante informe en latín –*Tartariae descriptio*– que Samuel Purchas tradujo al inglés un siglo más tarde. «Marcopía [Mangup] ha tenido dos castillos, templos griegos y casas suntuosas, y hay muchas fuentejillas de agua clara que manan de la piedra; pero dieciocho años después de que la tomaran los turcos (según dicen los cristianos griegos) fue destruida por un incendio tan repentino como catastrófico.»

Broniewski vio aún en pie «la iglesia griega de san Constantino y otra inferior, de san Jorge. Viven allí un sacerdote griego y un puñado de judíos y turcos; el olvido y la destrucción han devorado el resto; no hay descendientes ni historias de los primeros habitantes, aunque busqué inútilmente por todas partes, con gran celo y diligencia». Broniewski, sin embargo, pudo hablar con el sacerdote ortodoxo, que le contó que «un poco antes de que

los turcos la sitiaron, residían allí dos duques griegos de sangre imperial, de Constantinopla o de Trapisonda [Trebisonda], que luego fueron conducidos con vida a Constantinopla y ejecutados por el emperador turco Selim. En las paredes de las iglesias griegas hay pinturas con imágenes y ornamentos imperiales...».

Nada queda de la basílica salvo los cimientos, y los arqueólogos de la Universidad de los Urales tenían que contentarse con imaginar el aspecto de aquellas «imágenes y ornamentos imperiales». La zona del espíritu está hoy casi vacía. Los únicos habitantes de Mangup son una colonia de hippies rusos instalados en la punta nordeste, donde la meseta forma un bauprés aterrador que sobresale de la pared rocosa a seiscientos metros del suelo. Los hippies viven en las antiguas garitas de la guardia, talladas en la roca, tirados en mantas extendidas en el suelo de piedra y envueltos en el humo de la marihuana y las hogueras. Gruñen, roncan, se tiran pedos y a veces les da por hablarse a gritos. A las estudiantes de la expedición universitaria les habían advertido que no fueran solas a aquel rincón de la meseta, pero a veces se acercaban en grupos y dejaban al borde del precipicio latas de té y pan duro. Retrocedían unos metros y se quedaban esperando hasta que los hippies, semejantes a osos, salían a cuatro patas de sus tumbas y se lanzaban sobre la comida.

El gótico siguió hablándose en Crimea, junto con el griego y probablemente el hebreo, conforme la península se adentraba en la edad moderna. La lengua tenía también escritura. El obispo Ulfilas había traducido parcialmente la Biblia al gótico de los godos occidentales o visigodos en el siglo IV, pero la lengua sobrevivió en Crimea mucho tiempo después de que el dialecto occidental hubiera desaparecido. En 1562, el diplomático austriaco Ogier Ghislain de Busbecq (más conocido por ser el primero que trajo a Europa los tulipanes de Turquía) elaboró una lista de ochenta y seis palabras y expresiones en gótico que había oído a los crimeanos que había conocido en Constantinopla, y los últimos goticohablantes parece que murieron en el siglo XVII.

Sobre Mangup y el «problema de los godos de Crimea» han corrido ríos inútiles de tinta, ya que en realidad no había ningún problema, sino un deseo obstinado y malsano de imponer moder-

nas definiciones etnológicas a una sociedad antigua para la que estas definiciones eran irrelevantes. Las excavaciones empezaron en el siglo XIX. Los arqueólogos Uvarov, Brun y Lepier formularon teorías. Los eruditos alemanes, estimulados por la identidad germánica de los godos, deseaban encontrar en Crimea indicios de algún antiguo Estado teutón que hubiera levantado ciudades y dominado a sus vecinos. Pero los indicios eran muy flojos. La fantasía de una Crimea protogermánica, de una civilización urbana teutónica que hubiera recogido la antorcha de la cultura de manos de la moribunda Roma, fue pulverizada por los investigadores posteriores.

La mentalidad nazi —ese filtro de ideas incoherentes, superadas y podridas— la recuperó, la recicló y la transformó en otra lección de pseudohistoria y legitimación política. Había que reconquistar Crimea y restaurar el reino gótico. Libre de tártaros, judíos y rusos, exceptuando la mano de obra a la que se obligó a trabajar allí temporalmente, la península pasó a ser el punto de destino de trenes cargados con colonos alemanes. Sebastopol se transformó en Theodorichafen, Simferopol fue Gotenberg y Crimea se llamó Gotland (Gocia).

El mismo Hitler, en privado, tenía sus dudas sobre aquellos negociados del Tercer Reich que se dedicaban a fabricar historia. Estos entusiasmos se los dejaba a Rosenberg y a Himmler, cuya manía arqueológica hizo que Hitler dijera en cierta ocasión: «Lo único que consiguen es que el mundo crea que los alemanes no tenemos pasado». Pero Crimea le atraía. En abril de 1941, dos meses antes de la invasión de la URSS, se acordó que se quitaría Crimea a Rusia y se cedería a un Estado ucraniano fundado por Alemania. En julio, cuando los ejércitos alemanes habían penetrado en las profundidades del territorio soviético, Hitler en persona presidió una conferencia sobre la forma de gobernar Crimea en la que en principio se aceptó el proyecto «Gotland». En cuanto a los tártaros crimeanos, se los tenía por racialmente inferiores, como a los judíos, pero su deportación se retrasó para no ofender a la neutral Turquía, que los había protegido durante buena parte de su historia. Pero lo que en realidad atraía a Hitler del plan Gotland no tenía que ver con el mar Negro, sino con una posible solución al problema del sur del Tirol.

En las montañas de la cuenca norte del Adigio existía una

comunidad germanohablante que había sido desgajada del derrotado imperio de los Habsburgo en 1918 y regalada a Italia por los victoriosos aliados. Con la cesión se cumplía la promesa que se había hecho a Italia para enrolarla en la guerra contra las potencias centroeuropeas. Unos años después, esta población del Tirol Sur planteó un delicado problema diplomático al nuevo régimen alemán. El plan nazi para las minorías alemanas en el extranjero consistía en anexionarse los territorios donde vivían (como en el caso de los Sudetes) o en trasladarlos *Heim ins Reich* («a tierra nacional»), es decir, reinstalarlos dentro de las ampliadas fronteras del Reich. Pero Mussolini era aliado de Hitler. Había que hacer una excepción con los tirolese del sur. Por acuerdo italoalemán se trasladaron a Alemania unos diminutos núcleos de población paleogermánica que vivía en otros valles italianos del norte (como los cimbrios, supuestamente descendientes de la horda que Mario diezmó y dispersó en el valle del Po en 101 a.C.). Pero la frontera italiana siguió en su sitio, en las cumbres de los Alpes y por el paso del Brennero, y los tirolese meridionales se quedaron en Italia.

Este acuerdo dejó insatisfecho a Hitler. Entonces propuso otra solución. Los alemanes del Tirol Sur repoblarían Gotland. ¿Por qué no? También allí había montes cubiertos de bosque, valles fértiles, agua en abundancia. Y ya había viñedos, plantados por los colonos extranjeros de Catalina o por terratenientes rusos. Puede que la calidad de sus caldos no estuviera a la altura del tinto de Bolzano o de Merano, que ya había enriquecido a los agricultores tirolese, pero el *Fleiss* y la capacidad alemanes cambiarían las cosas.

Al final no se instaló en Crimea ningún alemán, ni tirolés ni de ningún otro sitio. Pero el plan Gotland tuvo consecuencias terribles. Antaño había destruido Gocia la alianza entre los tártaros de Crimea y los turcos otomanos. En el siglo XX fue el fracaso del plan Gotland lo que llevó la catástrofe definitiva a los tártaros de Crimea.

El ejército del sur, a las órdenes del mariscal de campo Von Rundstedt, irrumpió en Crimea en septiembre de 1941. En noviembre, toda la península estaba en manos alemanas, con la única excepción de Sebastopol, que resistió hasta julio del año siguiente. Al principio, los tártaros recibieron con entusiasmo a los

alemanes —o más bien la expulsión de los dirigentes soviéticos—, como si se tratara de una liberación. Tenían buenas razones para creerlo.

En 1845, medio siglo después de la colonización rusa, los tártaros —cada vez más absorbidos por los rusos y otros colonos europeos— no sumaban más que el sesenta por ciento de la población de Crimea. En 1905 eran minoría en la tierra que según ellos era suya. A finales del siglo XIX apareció un «Despertar Nacional» tártaro encabezado por intelectuales y los tártaros acogieron con entusiasmo las revoluciones de 1905 y 1917, más como fin de un imperio colonial represivo que como expresión de la lucha de clases. Acabaron por desilusionarse. La revolución de 1905 fortaleció las esperanzas de independencia o autonomía, pero el triunfo del bolchevismo, entre 1917 y el fin de la guerra civil, en 1920, dio paso a dos generaciones de atrocidades y desastres para Crimea.

Después de las primeras matanzas de nacionalistas tártaros perpetradas en 1920 por la policía de seguridad bolchevique (la checa), llegó la carestía de 1920-1922, que fue peor en Crimea que en la Rusia meridional y Ucrania. Casi la mitad de los habitantes de Bakhchiserai, la capital tártara, murió de hambre, y en 1923 sólo era tártara la cuarta parte de la población de Crimea. Las purgas de Stalin comenzaron por los kulaks (agricultores ricos), pero pronto pasaron a eliminar a toda la *intelligentsia* tártara prerrevolucionaria y a reprimir la cultura tártara. El historiador Alan Fisher, en *The crimean tartars*, calcula que en 1933 se había matado, deportado o expulsado de la Unión Soviética a 150.000 tártaros, la mitad de la población tártara que había en 1917. Durante las grandes purgas de 1937-1938 hubo otra matanza de tártaros con estudios, incluida la clase sacerdotal musulmana.

No fue extraño por tanto que en 1941 los tártaros recordaran con algo parecido a la nostalgia la ocupación alemana de 1918, al final de la primera guerra mundial. En comparación con los regímenes bolchevique y soviético, había sido un periodo de relativa libertad. Aquel mismo año el político nacionalista Cafer Seidahmet y el general tártaro-lituano Sulkiewicz habían organizado un ejército musulmán para ayudar a las divisiones alemanas en Crimea. Los nacionalistas tártaros recordaban que los alemanes les habían ofrecido la independencia de Crimea a cambio de ayu-

darles contra Rusia y suponían que el acuerdo podía replantearse en 1941. Se equivocaron. El caos de la administración nazi —una competencia darwiniana entre organismos rivales que se mantenía dentro de un orden en el interior del Reich, pero que estaba sin ningún control en los territorios ocupados— no tardó en dar al traste con cualquier plan coherente sobre Crimea.

Tres centros de poder acabaron aplicando allí sendas políticas incompatibles. La primera fue la del ejército. Von Manstein, sucesor del general Rundstedt en el mando supremo, explotó el resentimiento antisoviético de los tártaros organizando batallones y unidades locales que se encargaran de frenar a los grupos guerrilleros que había dejado el Ejército Rojo al retirarse. Pero Von Manstein se preocupó al mismo tiempo de que la creación de estas milicias no tuviera consecuencias políticas. Como militar, no quiso provocar al mayoritario resto de la población dando la impresión de que apoyaba a la minoría tártara.

La administración civil alemana adoptó una actitud más favorable a los tártaros. El comisario general Frauenfeld se enamoró de la idea de restaurar a los tártaros crimeanos como *Kulturvolk*. Volvió a abrir las escuelas tártaras, cerradas desde hacía mucho, e invirtió dinero en fomentar el idioma y las costumbres tártaras. Se fundó un teatro tártaro, se resucitaron periódicos tártaros y se planeó la fundación de una universidad tártara independiente. Es indudable que la política de Frauenfeld no era ajena al lema «divide y vencerás», pero en el fondo se trataba de un entusiasmo intelectualmente sincero y anticuadamente alemán por la cultura popular como base de lo que Herder había llamado «pueblos históricos». Frauenfeld creó «comités musulmanes» (en los que figuraban supervivientes de los partidos nacionalistas anteriores a 1917) y estableció en Berlín una delegación tártara que no consiguió nada, pero su enfoque de la situación tenía poco contenido político y estaba más bien en la perspectiva de una especie de colonialismo ilustrado. Además, el proceder de Frauenfeld era totalmente ajeno al espíritu del plan Gotland, que proponía que los tártaros quedaran reducidos a la condición de esclavos de los colonos arios antes de que se decidiera su destino final: la muerte o la expulsión.

La tercera política empezó a perfilarse cuando, detrás de los ejércitos que avanzaban y combatían, llegó la unidad de las SS

que estaba a las órdenes de Otto Ohlendorf. En la retaguardia de los distintos grupos de ejércitos había unidades SS de exterminio racial y político, y en Crimea operaba el *Einsatzgruppe D*, que eliminaba metódicamente a los elementos indeseables pasándolos por las armas. Las salvajadas de los SS indujeron a un creciente número de tártaros a unirse a los guerrilleros o a formar grupos autónomos de resistencia allí donde las guerrillas soviéticas no los admitían. Cuando el Ejército Rojo volvió a entrar en Crimea, en abril de 1944, Ohlendorf había exterminado a 130.000 personas, cifra que incluía a todos los gitanos de Crimea, a los judíos que quedaban y —a pesar de los delicados escrúpulos etnológicos de Berlín— a casi todos los karaim; y a docenas de miles de tártaros.

La fantasía Gotland se ahogó en sangre y confusión antes de adquirir realidad. Lo único que resultó de aquello fue que Stalin se vengara de los tártaros de Crimea, acusándolos injustamente de haber colaborado mayoritariamente con los nazis. La acusación de traicionar a Rusia tenía viejos antecedentes. Stalin no hizo sino contribuir a la centenaria propaganda rusa que, a pesar de las pruebas en contra, repetía que los tártaros eran una variedad turca cuyos primeros aliados eran el imperio otomano y el islam. Durante la guerra de Crimea, 1854-1856, cuando los británicos y los franceses se enfrentaron a los rusos, fueron escasos los tártaros que se pasaron a las filas de los enemigos de Rusia. Pero Alejandro II, proclamado zar durante el conflicto, recibió informes de que los tártaros representaban una amenaza para la seguridad rusa y al terminar la contienda se les animó a emigrar. En los posteriores enfrentamientos ruso-turcos hubo muchos tártaros en las filas rusas que combatían contra musulmanes como ellos, pero estas muestras de lealtad no hicieron mella en la dura paranoia rusa. Tras cada guerra ruso-turca volvía la desesperanza y había otra ola de emigración.

La cuestión es que entre los crimeanos que colaboraron con los nazis durante la segunda guerra mundial los tártaros fueron minoría. Unos 50.000 lucharon en todos los frentes en las fuerzas armadas soviéticas. Es verdad que hubo alrededor de 20.000 en las unidades de defensa local de Von Manstein. Casi todos se habían enrolado sólo para proteger sus casas de los ataques de los guerrilleros rusos y ucranianos, que a menudo parecían pogromos raciales y no operaciones militares. Pero en los ejércitos alemanes

hubo casi 40.000 voluntarios tártaros de la región del Volga y éstos no sufrieron ningún castigo colectivo.

En Crimea, el castigo comenzó inmediatamente. Algunos grupos guerrilleros ya habían recibido a tiros a los tártaros que habían querido unirse a ellos. Poco después de la reconquista soviética (abril de 1944), se había exterminado a poblaciones enteras y de las farolas de Simferopol colgaban tártaros muertos. No fueron más que el preludio de la metódica represalia de Stalin.

En la Unión Soviética había extensiones desérticas de sobra para que Stalin pudiera ajustarles las cuentas a los grupos sociales que no le gustaban. Como es lógico, pudo haberse limitado a matarlos, y lo hizo cuando parece que no hubo más remedio. Pero —a semejanza de un emperador romano o un virrey colonial europeo que afrontaran el problema de las tribus revoltosas de los límites del imperio— también él tenía poder coercitivo suficiente para empujar a todo un pueblo al exilio, para desterrarlo a mil kilómetros de su patria.

Los tártaros de Crimea fueron la primera minoría étnica que sufrió la deportación total. Unas semanas después de restablecerse el poder soviético en Crimea, los tártaros que quedaban en la península fueron trasladados a Asia central. Los metían en vagones de ganado que a veces viajaban durante un mes y los dejaban en la estepa, sin comida, herramientas ni techo bajo el que cobijarse, para que sobrevivieran si podían.

Durante dos años no se habló oficialmente de esta deportación. Transcurrido este periodo se emitió en Moscú un comunicado que citaba el artículo 58, párrafo 1 (a) del código penal ruso, sobre la «traición a la patria», y que informaba al público de que los tártaros de Crimea, junto con los chechenos e ingush del norte del Cáucaso, se habían «reinstalado en otras regiones de la URSS, donde han recibido tierras y la ayuda administrativa necesaria para su organización económica».

Once años después, en 1956, cuando Nikita Jrushov denunció la deportación tártara en el discurso antiestalinista que pronunció en el vigésimo Congreso del Partido, llegaron de Tashkent a Moscú las primeras tímidas peticiones. Los tártaros pedían que se respetara su derecho a volver a su tierra. Transcurrieron treinta años de apelaciones, manifestaciones y delegaciones; de mentiras oficiales y «rehabilitaciones» insignificantes; de luchas prota-

gonizadas por los tártaros mismos y por quienes los apoyaban en las filas de la oposición democrática, como el magnífico coronel Grigorenko, un veterano de guerra y acérrimo anticomunista que entregó su vida y al final su libertad y su salud a la denuncia de las injusticias cometidas con los tártaros de Crimea. Todos los que abrazaron esta causa, tártaros, rusos o ucranianos, sabían el precio que podían pagar: amenazas, palizas, detenciones en masa, condenas a trabajos forzados o —como le ocurrió a Grigorenko— falsos diagnósticos de locura que significaban años de internamiento en brutales hospitales psiquiátricos.

En la actualidad, los tártaros vuelven por fin a su tierra. La llaman patria, aunque cincuenta años abarcan más de una generación y todos los que vuelven, exceptuando una minoría, han nacido en Kazajstán o en Uzbekistán. La llaman patria, aunque las pequeñas casas enjalbegadas que asoman entre las parras y que fueron suyas, o de sus padres, o de sus abuelos, ahora están ocupadas por inmigrantes rusos o ucranianos que los detestan mayoritariamente. Sus vecinos los agreden y ha habido homicidios. El corrupto gobierno regional crimeano, que hoy tiene sede en Simferopol, los trata como si fueran invasores extranjeros. Pero en las pedregosas vaguadas que no quiere nadie, en los páramos que rodean las ciudades crimeanas, se están construyendo casas con ladrillos hechos a mano, con juncos y con láminas de hierro corrugado. Acotan y reparten la tierra yerma entre las familias y sacan el agua de las piedras. Hay ya una verde alfombra de sembrados donde antaño no había más que hierba polvorienta, y se oye un fragor de martillos. Es su Palestina, su tierra prometida, y no volverán a echarlos de allí.

La mañana siguiente a la expedición a Mangup, partimos hacia el aeropuerto para tomar el avión de Moscú. Esta vez, hasta los genoveses iban callados en el autobús. Pero de pronto, un erudito ruso con barba que se sentaba a mi lado —un conservador zarista ortodoxo, como él mismo se había descrito antes— barbotó con voz profunda: «¡Las cosas no podían continuar así! Era la anarquía total, los bandidos y los mafiosos se estaban comiendo la tierra. Había que hacer algo».

Lo miré con desconcierto.